

ELEGIA A LA MUERTE DE JAIME PESAHUMOS

Cuando alguien me dijo que habías muerto,  
ya lo sabía yo.

Mi corazón, que te quería,  
captado había ya, mi viejo amigo,  
un radiograma misterioso,  
un mensaje premiso.

Dime quiéñ lo envió. Si fuiste tú,  
haciéndome beber ~~este~~ vermut  
de tu muerte de ahora.

Todos tenemos que morir;  
pero amarga verdad es la certeza  
de que ya nunca más reiremos juntos.

Te conozco muy bien  
y, conforme a tu gusto,  
no tengo que llorarte, buen amigo;  
suspirarte a lo sumo, sin extremos,  
mientras alguna mano hermana  
me llena de coñac la copa.

!Gaudeamus!

Celebremos tus nuevas alegrías,  
auténticas y frescas alegrías de hoy;  
tus nuevas rosas en el cielo.

Porque después de treinta años  
has vuelto con tu amada molinera

En el cielo,  
con tu ecuánime padre Pesahumos  
y Magister Raimundus, tu buen tío,  
-buscadores de espárragos -  
a los cuales cerraste tú los ojos.

En el cielo,  
a segar tu cosecha imponderada;  
a esquilar uno a uno el vellocino  
del inmenso rebaño de los cirros.

¡Buen agoste te espera allá en el cielo !  
 Porque tú has ido al cielo de seguro.  
 ¡ Si fuiste compasivo y generoso...!  
 Y porque, ¿a dónde ir podría un poseedor  
 de cosas tan sutiles como el humo ?

Emulo de Miguel,  
 que fué el único santo de tu gusto  
 —No por santo, sino por enguerino!—  
 una balanza llevas  
 de dorados platillos;  
 como el padre Teodoro, de buen año  
 entre las nubes gordas,  
 entre el vapor liviano y el ozono.

Agil te mueves en la altura,  
 definitivamente libre  
 de los pequeños vicios  
 y miseras dolencias de la carne.

Se ha ubicado en tu boca un nuevo aliento  
 de néctares cordíleos.

Mas, a pesar de todo,  
 aún sientes la querencia del garage  
 y del Café de Chino.

Seguir quisieras rodeado  
 de aquéllo que dejaste y era tuyo;  
 y hay veces que, tumbado  
 en el brocal de un éxtasis,  
 te pierdes en el tiempo, contemplando  
 al tío Tomás, que está allí abajo,  
 tras la cortesa,  
 muy profundo.....

Pero oigo las campanas cómo doblan,  
 y se suenan congregarse  
 del pueblo ante tu puerta,  
 el pueblo que te amaba mucho.  
 Esas mismas campanas,

esa familia de campanas verdes  
que tú hiciste doblar "a delegado"

- Raro tañer del que jamás trató  
la campanología-

en un Fuenteovejuna nauseabundo.

Tocan a muerto, y son  
como gigantes lágrimas sonoras.

Y ese muerto eres tú.

Es increíble, ¿verdad Jacobo amigo,  
campanólogo ?

Es un mal sueño;

pero ahí estás, tan tieso,  
metido en tu ataúd.

Y, ya sin linfa, casi se ha borrado  
de tus mejillas y nariz de cera  
la hidrográfica red de los codoempinantes.

Al morir has ganado en dignidad.

Te han llavado a la fuerza,  
te negabas a ir; pero en la muerte  
encontrarás felicidades nuevas  
con las antiguas cosas que querías.

Aquél Chrisler del año 32,  
como una negra y sólida gabarra,  
-tú de Caronte- en sigilosos  
viajes nocturnos a Canals y Játiva,  
donde ordeñar los mozos su pujanza  
y el viudo su cuaresma.

El viejo Tomásín, y el amarillo  
guardapolvo-¿recuerdas?- cuando el chófer  
eras del rico indiano  
que fabricando ponchos de vicuña,  
muchos pesos ganó, y volvió a sus lares.

Y el mazo de toscanos,  
tu hebdomadaria dosis de tabaco;

y el canario de absenta, cuyo canto  
extasiarte solía.

Todo estará contigo,  
sin que sientas la sórdida apetencia  
de consumarlo.

Pero escucha eso otro. Cantos son.

Ya arcipreste y vicario  
se acercan a tu puerta.

Almela y sus ceroferrarios  
«un buen conjunto» tus respuestas cantan.  
(¡Ay, serenata, serenata,  
a tí, noctámbulo noctámbulez,  
en plena luz del día,  
que siempre te acostabas a la hora  
de las Cabrillas..!)

Arcipreste y vicario, amigos tuyos,  
kirian al pie de tu escalera  
y se les ve muy tristes.

Se irán de Enguera un día  
a otro lugar. Acaso  
lleguen a ser canónigos,  
si es que Nemrod la veda no levanta  
de los curas, según expresión tuya  
que has de reconocer de muy mal gusto,  
pero que Dios te habrá ya perdonado.

Se irán de Enguera un día  
y tú te quedarás, dómida eterna,  
en la arcilla del campo de tu pueblo,  
la mantecosa pasta  
que te dió justa fama de alfarero,  
alcarracero insigne,  
modelador prosódico  
de botijos, Ja..jaime, y de botijas.

Te quedarás imponderable, humo,  
viajero de las nubes, nube misma  
flotando sobre el valle,  
el plumón del pinocho  
y el surco abierto al sol de los tejados.

Oteando, acaso avizorando  
con emoción desconocida y rara:

"Mi casa, mi olivar...."

Como Benito Franco, el buen piloto.

Y, por quedarte cerca,  
a la veleta en enredarte pugas  
de la torre del pueblo,  
como en la espina del cambrón  
se engancha la verija del cordero.

"¡Hola, Miguel!" E irás girando

En adelante

no más te queda que esperar,  
y reprimir, porque eres hombre bueno,  
el deseo de verte acompañado.

De los Jacobos que quedaron vivos,  
esperar que El Churrero

termine de freir su último churro,

y Vera el carpintero, verifique  
con la tiesa medida de su cuerpo

su último séretro,

la barca con la que abandone el mundo,

Y de los muertos, Jaime - Jaime, <sup>(1)</sup>

tu maestro conspicuo,

¿vendrá contigo a acompañarte un trecho,  
como Virgilio a Dante?

Vendrá. Vendrá y olvidaréis  
vuestras rivalidades alfareras.

Secretamente le envidiabas. Siempre  
fueron mejor sus barro que los tuyos.

Te encontrarás con él

(1) Jaime Carretera

y con otros amigos ya difuntos.

Pero tú, socarrón, mientras asciendes,  
-estoy seguro porque te conozco-  
fraguando irás infundios eutrapélicos,  
mentiras sin maldad para embromarles.

Y cuando te reciban todos ellos  
con cordial alborozo, y te pregunten  
cosas de Enguera,

les soltarás tu último embuste:

¿Sabéis quién se murió? ¡Jaime o l Churrero!

